

LIBROS



> Enrique Vila-Matas

• **Exploradores del abismo**

> ENRIQUE VILA-MATAS

• **Infel**

> AYAAN HIRSI ALI

• **Luna en la hierba: medio centenar de poemas japoneses**

> AURELIO ASIAIN

• **Todo sobre su madre**

> VARIOS AUTORES

• **A paso de cangrejo. Artículos, reflexiones y decepciones, 2000-2006**

> UMBERTO ECO

CUENTOS

El otro y el uno



Enrique Vila-Matas
Exploradores del abismo
Barcelona, Anagrama, 2007, 296 pp.

En uno de sus textos más citados, Jorge Luis Borges confiesa en la primera línea que “Al otro, a Borges, es a quien le suceden las cosas”. A mitad de camino precisa que “Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica”. Y, apenas seis o siete oraciones después, concluye: “No sé cuál de los dos escribe esta página.”

El “problema” de Enrique Vila-Matas —a diferencia del de Borges que, en realidad, es el de todo escritor que estima su vida como inocente frente al constante acontecer de y en su obra— es mucho más complejo y es también, me parece, el más privilegiado de los estigmas.

Porque cualquiera que conozca a este escritor nacido en Barcelona en 1948 —o cualquiera que siga sus libros, sus entrevistas o sus recientes columnas en *El País* con formato de *journals*

espasmódicos— sabe perfectamente que Vila-Matas no tiene *otro* Vila-Matas. Que a ese único Vila-Matas es a quien le suceden las cosas, que su vida diaria o nocturna, interior o exterior, no justifica a nadie salvo a ese indivisible sí mismo, y que sabe él y sabemos nosotros, con seguridad incontestable, que no tiene duda alguna en cuanto a que ese único él es quien escribe sus páginas. No sólo porque en el panorama de la literatura en español Vila-Matas sea uno de esos raros y admirables fenómenos que empiezan y terminan en sí mismos, sino porque también uno de sus rasgos más precisos y reconocibles es el de haberse procurado primero una vida que estuviese a la altura de su obra y, enseguida, una obra que estuviese a la altura de las obras que él más admira y que son ya parte de su vida. Así, serpiente que se muerde la cola, Vila-Matas es ya y desde hace mucho uno de esos escritores *puros* para los que la vida no puede sino ser un género literario: la *non-fiction* propia como una de las tantas encarnaciones de la *fiction* universal. Semejante certeza y el magistral uso que ha venido haciendo de esa certeza en novelas totales como *Bartleby y compañía* y *El mal de Montano y Doctor Pasavento* —que significaron su consagración internacional—, así como en títulos anteriores y acaso fundantes de una estética y

una ética —como *Historia abreviada de la literatura portátil* y esas *memoirs* selectivas que son *París no se acaba nunca*—, llevaron a Vila-Matas a enfrentarse al “problema” antes mencionado presentándose formalmente, no como un callejón sin salida, pero sí, tal vez, como un pozo sin fondo. Me refiero al “problema” de que a él le pasaran *demasiadas* cosas, que él no pudiera dejar de escribirlas y que todas y cada una de esas cosas pasaran, indudablemente, por y para y en nombre de la literatura. Porque, a la luz encandilante de esos libros, cabía y cabe pensar, no que Vila-Matas se hubiera vuelto un adicto a la literatura, sino, por lo contrario, que la literatura fuese una yonqui perdida y enganchada a Vila-Matas.

Y, me parece, quizás me equivoque, pienso que esto empezaba a preocuparle al escritor, quien percibía una intensificación del síndrome ya desde hacía un tiempo. Si, en una entrevista en *El País* del año 2000 con Ignacio Echevarría, Vila-Matas todavía intentaba el juego de manos borgesiano (“El autor de mis escritos no soy yo mismo, sino otro personaje, el personaje fantasmal del escritor”), cuatro años más tarde, en esta misma revista y al aquí firmante, confesaba: “Hasta no hace mucho yo creía que escribir equivalía a empezar a conocerse a sí mismo; pero a medida que va pasando el tiempo me doy cuenta de que nunca sabré quién soy por culpa de escribir.”

Está claro que, ya entonces, Vila-Matas intuía que se acercaba a un punto de inflexión, a una curva peligrosa en su método. Una necesidad de un cambio de aire y de abrir —o volver a abrir— algu-

nas ventanas en esa vivienda que viene construyendo y ampliando desde hace casi tres décadas y media.

Al menos algo de eso se percibe en *Exploradores del abismo* donde el doctor Vila-Matas se autodiagnostica un retorno al cuento como posible cura, entendiendo la renovada práctica del texto breve como terapia alternativa para producir o recuperar a ese otro borgesiano y escapar al “tempo moroso” de la novela. A un nuevo comienzo que funcione como coartada y punto de fuga y que, de algún modo, no se haga cargo de ciertas conductas anteriores.

Así, en la introducción “Café Kubista”, leemos: “Estoy seguro de que no podría haber escrito todos esos relatos si previamente, hace un año, no me hubiera transformado en alguien levemente distinto, no me hubiera convertido en otro. Justo es decir que el cambio se produjo con sencillez abrumadora. Un colapso físico acompañado de una pérdida de peso, contribuyó a ello. De pronto, tuve la sensación de haber heredado la obra literaria de otro y tener ahora tan sólo que gestionar su obra. Desde entonces, soy alguien que necesita de las leves discordancias con el antiguo inquilino de su cuerpo, discrepar con él ligera y sutilmente y, siempre que pueda, a modo de redundancia jocosa, hacerle perder peso en sus razonamientos.” Y en esa virtual declaración de principios y fines de este libro que es “La gota gorda”: “La tensión más fuerte la provocaba el duro esfuerzo de contar historias de personas normales y tener a la vez que reprimir mi tendencia a divertirme con textos metaliterarios: el duro esfuerzo, en definitiva, de contar historias de la vida cotidiana con sangre e bígado, tal como me habían exigido mis odiadores, que me habían reprochado excesos metaliterarios y ausencia absoluta de sangre, de vida, de realidad, de apego a la existencia normal de personas’ [...] Me recriminaban también mis odiadores que hubiera mitificado tanto lo literario [...] He sudado la gota gorda con las secreciones y exudaciones de mis personajes, he hecho un esfuerzo increíble por mostrar ‘apego a la exis-

tencia normal de las personas normales’. Y últimamente me siento ya bien adaptado a mi nueva asquerosa vida [...] Además, ¿pero qué diablos?, ¿acaso no se trataba de cambiar de estilo?”

Anunciado todo esto, queda averiguar —con la lectura de *Exploradores del abismo*— si Vila-Matas ha cambiado o si ha conseguido corporizar un doble que camina con paso diferente en nuevas direcciones.

La respuesta es sí y no. Y está bien que así sea.

No, porque a esta altura de la expedición —marca de los verdaderamente grandes— ya hay un estilo Vila-Matas imposible de extirparle al ADN de este escritor. Hay un ritmo, un tono, una melancolía y un humor a los que sólo podría renunciarse con el silencio y la desaparición y —como queda demostrado en *Doctor Pasavento*, cuyo título de trabajo fue, no en vano, *Doctor Pynchon*— ni siquiera así: porque, por más que declare su admiración por la sencillez de lo poco y nada que pasa o deja de pasar en los cuentos de Raymond Carver, a Vila-Matas le seguirían sucediendo cosas vila-matianas; porque es inevitable derecho de los verdaderos maestros el provocar que el mundo y las personas que lo rodean muten forma y modales ante la radiación de un apellido convertido en adjetivo calificativo.

Sí, porque en *Exploradores del abismo* decide, por primera vez, reconocer ese influjo y, de algún modo, de frente o desde las laterales de ciertas tramas, dar explicaciones sin pedir disculpas pero sí preocupado por establecer exactamente qué fue lo que lo llevó a hacer lo que hizo, que lo lleva a deshacer lo que ya no quiere hacer y de qué manera le gustaría rehacerse.

Dicho esto, que nadie se engañe y busque aquí la hemingwayana punta del iceberg; porque lo que en realidad le interesa a Vila-Matas no es insinuar lo que hay por debajo de la línea de superficie del témpano sino averiguar cómo rayos fue que llegó allí arriba el Abominable Hombre de las Nieves.

Exploradores del abismo —su título de trabajo fue *Fuera de aquí*, título que ahora

lleva uno de sus relatos y que sale de una cita de Kafka esperemos que cierta y fiel, porque con el manipulador apócrifante Vila-Matas nunca se sabe— se ubica sin problemas junto a otros brillantes acercamientos del autor a las ficciones breves como fueron *Suicidios ejemplares*, *Hijos sin hijos* y esa formidable mutación fractal de novela-en-cuentos que es *Una casa para siempre*. *Exploradores del abismo* es, como los anteriores, no un libro con cuentos (donde se reúnen piezas eventuales o por encargo para revistas y antologías) sino un libro de cuentos: un todo orgánico cuyas muchas cabezas acaban conformando una singular inteligencia pensando en una determinada y meditada dirección o tema.

Y si bien aquí pueden detectarse algunas esquirlas de cuestiones ya investigadas en sus artículos, lo que prima y sorprende es el modo en que Vila-Matas intenta desvilamatizarse por completo y lo que impresiona todavía más es la manera en que el Vila-Matas anterior, cuya obra ahora “gestiona” este Vila-Matas, se resiste lanzando, como cuchillos, sus habituales caballos de batalla y ases en la manga no al grito de “¡A la carga!” sino de “¡A la Kafka!”, proponiendo el nomadismo como forma de alcanzar el reposo epifánico, y estudiando a los demás como forma de diplomarse como solitario bien acompañado.

De esa ida y vuelta —de la relajada “tensión” y del sensible “duro esfuerzo” generado por la tentativa no ya de desaparecer sino de ser otro— se nutren y sudan los diecinueve cuentos aquí incluidos ocupándose de “gente anticuada y muy activa que mantiene una relación desinhibida y directa con el vacío. En algunos casos ese abismo es el centro del cuento que protagonizan, mientras que en otros, bien distintos, el vacío llega a ser sólo un buen pretexto para escribir un cuento”. Diecinueve “pretextos abismales” de los que me cuesta hablar por separado porque nunca me gustaron la reseñas de libros de cuentos que van cuento por cuento, como si contaran con los dedos. Pero sí mencionaré brevemente dos que, me parece, simbolizan y sintetizan a la perfección las dos

polaridades no necesariamente irreconciliables pero sí complementarias del libro. Tan sólo diré que el deslumbrante, cruel, conmovedor, hepático y sanguíneo “Niño” es de lo mejor que ha hecho nunca Vila-Matas (y que sus treinta páginas contienen la intensidad de muchas excelentes novelas). Y que “Porque ella no lo pidió”, esa *nouvelle* y diario de trabajo inconcluso donde, en un juego de espejos turbios, Vila-Matas es vampirizado por Sophie Calle (o tal vez sea al revés), puede leerse como la versión práctica de la teoría postulada al principio del libro por Vila-Matas: las ganas de ser *otro* convertidas aquí en el desafío de que sea *otra* quien cambie de vida. “En definitiva, tú escribes una obra y yo la vivo”, propone Calle. Al final, Vila-Matas, por fin, accede al consuelo de sentirse “fuera de aquí”. Pero antes de eso, hay que decirlo, se enferma de gravedad luego de comprender que lo suyo no tiene cura: la literatura estará siempre allí y necesita tanto del metaliterario Jekyll como del transpirante Hyde.

¿Es ahora Vila-Matas un narrador de “historias de personas normales, normalísimas”? Me temo que no porque –por suerte para el lector– la idea que tiene de lo normal, bueno, nunca podrá ser *normal*. ¿Ha conseguido Vila-Matas ser *otro*? No del todo. Problemas de ser único. Tampoco creo que ésa haya sido nunca la idea y lo siento –la verdad que no lo siento en absoluto– por todos aquellos que esperen de él la gran novela sobre la Guerra Civil o sobre la Transición.

Vila-Matas –lo mismo le pasó a Borges con Borges– no conseguirá nunca librarse de Vila-Matas. Aunque se reprima, o eso asegure. De ahí que su imposibilidad de cambiar del todo vuelve a ser, más que nunca, nuestra completa recompensa. Lo que sí ha logrado Vila-Matas *dentro de aquí*, en *Exploradores del abismo* –no me parece casual que mi *Diccionario de sinónimos* proponga *reconocimiento* como variante de *exploración*–, es regresar de su empeñosa búsqueda sabiendo mejor quién es él, reconociéndose en el conocimiento de

nuevas coordenadas del mismo mapa y, por último pero no en último lugar, haciendo mucho mejor lo que ya hacía como nadie sin ninguna necesidad de que algún otro le ayude a hacerlo. –

– RODRIGO FRESÁN

AUTOBIOGRAFÍA

Esperando a Voltaire



Ayaan Hirsi Ali
Infiel
trad. Sergio
Pawlowsky,
Barcelona,
Galaxia
Gutenberg/
Círculo
de Lectores,
2006, 490 pp.

“Tú, Hirsi Alí, caerás.” La amenaza apareció clavada con un cuchillo de carnicero en el pecho de Theovan Gogh una mañana de noviembre de 2004. El asesino utilizó el otro –llevaba dos– para degollarla después de haberle disparado varias veces.

Van Gogh había filmado un cortometraje –*Submission*– que denunciaba la situación de las mujeres musulmanas. El guión era de Ayaan Hirsi Alí, una diputada holandesa nacida en Somalia que había hecho pública su apostasía del islam. Después de aquello, Hirsi Alí tuvo que acostumbrarse a vivir permanentemente con protección policial. Escribió un primer libro –*Yo acuso* (2006)–, una recopilación de ensayos que reivindicaban los valores de Occidente y pedían una crítica ilustrada para el islam. Eso fue antes de que se desatara el escándalo en torno a su ciudadanía que haría caer al gobierno, antes de que renunciara a su escaño y antes de que se marchara a Estados Unidos. Ahora ha publicado su autobiografía –*Infiel*–, un libro fascinante que permite –privilegio nada usual– asistir a la construcción cabal de un pensamiento crítico.

En Somalia, la joven Ayaan, edu-

cada en los principios del islam, había llegado a frecuentar a los Hermanos Musulmanes. Eran los tiempos en que formaba parte de “la fuerza de choque de Dios” contra una maligna cruzada mundial orquestada por los judíos y el Occidente ateo. Aprendió entonces que Alá le pedía sumisión total: “Nunca levantes tus ojos, ni siquiera en tu mente.” Ocurre, sin embargo, que Hirsi Alí es una de esas personas con una obstinada preferencia constitucional por lo verdadero: su fe estuvo siempre entretrejida con la noble sustancia de la duda.

Un día la casualidad la llevó a Holanda, tratando de esquivar el matrimonio concertado por su padre. Holanda era el país de la tolerancia, y era además un país donde los autobuses y los relojes funcionaban a la perfección a pesar de las piernas desnudas y de los brazos al aire de las chicas. Quería una vida propia, y descubrió que el Estado de derecho se la podía ofrecer. Tuvo que asumir el precio, claro está: la soledad, la renuncia a la familia. Dejaría de ser Ayaan Hirsi Magan, del gran clan de los Darod, una Harti, una Osman Mahamud del linaje de la Espalda Más Alta. En adelante, sería simplemente Ayaan Hirsi Alí, ciudadana holandesa.

Estudió ciencias políticas, leyó a los pensadores occidentales y empezó a vislumbrar el camino: “Había que atenerse a los hechos; los hechos son una hermosa idea. Se hablaba de método y razón. No había espacio para las emociones y las actitudes irracionales.” Los hechos. Por entonces, la ciudadana Hirsi Alí no sospechaba que aferrarse a los hechos le iba a llevar a enfrentarse con algo más que el islam. La tendencia a no creer en la existencia de una verdad objetiva le parecía ya a Orwell uno de los grandes males de su época. Pero no es probable, ya digo, que para entonces Hirsi Alí estuviera al corriente de las ligerezas del relativismo.

Durante mucho tiempo se limitó a absorber los hechos y a ponerlo todo en tela de juicio. El atentado contra las Torres Gemelas la encontró así, con la mente en construcción. Las reacciones

complacientes de “analistas estúpidos hasta la exageración” que culpaban vedadamente a Occidente la sacudieron como a una estera. Para cuando todo aquello acabó, las ideas y los hechos habían empezado a encajar. Había estado buscando certezas, y ya tenía algunas. Entre ellas, que lo ocurrido “no tenía nada que ver con la frustración. Tenía que ver con la fe”.

Dos años después llegaba al Parlamento holandés con la causa de las mujeres musulmanas bajo el brazo. Era una causa noble y el mundo entero la aplaudió. Pero Hirsi Alí había aprendido bien las lecciones de los pensadores de la ilustración, de Russell, de Popper, y debajo del brazo traía también el escándalo: se oponía a la política de integración basada en los valores del multiculturalismo. Entendía que perpetuaba una cultura oscurantista en nombre de la compasión.

La izquierda bienpensante ha digerido mal algunos momentos de la historia europea —el descubrimiento de América, el colonialismo, el holocausto judío—, así que ha dado en culpar a Occidente y en convertir en víctima al islam. Eso explica que regurgite manifestaciones de comprensión de la violencia y que haya encontrado un digestivo en el discurso multicultural: la norma tácita es la igualdad de valor moral en todos los frentes —lo contrario supondría establecer jerarquías, y Dios nos libre de las jerarquías. Se consagra la diferencia sin más como incomparablemente valiosa, y se olvida que muchas diferencias tienen su origen en prejuicios ancestrales. A cambio, se ensalza la tolerancia y se proclama que todas las opiniones son respetables, sin advertir que en la renuncia a juzgar se enmascara la indiferencia y la cobardía. Hirsi Alí supo ver que hay en el fondo de esta actitud complaciente una entraña conservadora, y que la compasión misma es una suerte de racismo.

Así las cosas, esa izquierda bienpensante sólo tenía dos opciones ante el caso Hirsi Alí: o declararla una excepción o desacreditarla. Ha intentado

las dos cosas. Hace mucho que la izquierda vive instalada en el autoengaño, y es sabido que es una ley elemental del autoengaño considerar como una excepción lo que contradice nuestras expectativas. Una vez reconocido que la lucha por los derechos de la mujer musulmana es la lucha de todos —faltaría más—, vino el consabido *pero*: no ha tenido en cuenta que la realidad del islam es multiforme y se limita a repetir estereotipos que sólo se justifican por su vivencia personal, por supuesto muy respetable. El problema es que Hirsi Alí maneja hechos: el resultado de las políticas de integración multiculturalistas es que los inmigrantes viven aparte, estudian aparte, se relacionan aparte, que son muchos los violentos y muchos los que viven de la asistencia social. No importa. Para los defensores del relativismo, la verdad de los hechos resulta difícil de soportar, de manera que se esfuerzan por negarlos con el noble propósito de no alimentar el racismo. ¿Mienten, pues? No exactamente. Más que de mentiras —ni siquiera se puede contar con una vileza consistente—, se trata de pura palabrería. *Bullshit*, vamos.

Quienes pretenden desacreditar a Hirsi Alí la acusan de atacar directamente al Profeta. Lo cierto es que el día que se miró al espejo y fue capaz de decirse “No creo en Dios”, Hirsi Alí dio la última vuelta de tuerca a su reinención: más allá de las dudas sobre la verdadera enseñanza de Alí, había afrontado —para decirlo con Sarraogo— “el factor dios”. Su crítica a Mahoma resultó para muchos ofensiva, blasfema, irresponsable cuando menos. Y hay un paso muy pequeño de estas acusaciones a las de islamofobia y racismo. El fascismo *va de soi* se desprende por sí mismo como una fruta madura: que se lo digan a los cadáveres de Theo van Gogh y de Pim Fortuyn.

Islamofobia. El filósofo francés Pascal Bruckner ha señalado con agudeza lo confuso del término: mezcla hábilmente los conceptos de raza y religión, de manera que permite abortar cualquier debate de ideas al confundirlo

con el combate antirracista. El mismo Bruckner ha salido al paso del más reciente intento de descrédito: el escritor holandés Ian Buruma y el periodista británico Timothy Garton Ash han calificado a Hirsi Alí de “fundamentalista de la Ilustración”. Con todos sus respetos, naturalmente. Bruckner ha desenmascarado la burda maniobra de acusar a quienes se rebelan contra la barbarie de ser unos bárbaros ellos mismos. Es la táctica de la equivalencia: el adjetivo —*fundamentalista*— coloca al fanatismo islámico en pie de igualdad con la lucha por los principios racionales. Nada nuevo. Otra vez la equidistancia, otra vez esa renuncia al juicio moral que Hannah Arendt señalaba en el origen de la banalidad del mal.

Bruckner no es el único que habla de una forma sutil de desdén, del desprecio que abriga esta tolerancia al asumir que ciertas comunidades son incapaces de modernizarse. Unos meses antes de que la ex diputada se refiriera a ello en su libro —“No nos nieguen el derecho a tener también nuestro Voltaire”—, el filósofo esloveno Slavoj Žižek escribía: “¿Qué ocurriría si sometiéramos al islamismo, junto con todas las demás religiones, a un análisis crítico, respetuoso pero, por esta misma razón, no menos implacable? Éste, y sólo éste, es el medio de mostrar un respeto auténtico por los musulmanes: tratarlos seriamente como adultos responsables de sus creencias.” Antes de eso, sin embargo, será preciso llegar a la sala de máquinas de la conciencia culpable de Occidente y recuperar el rumbo hacia una ética ilustrada por la que Hirsi Alí preferiría no tener que morir.

Para nosotros, los descreídos de Rousseau, que nos lamentamos de vez en cuando con Nietzsche y como él nos conformamos con una mirada, “una sola mirada a un hombre que justifique a *el hombre*”, Hirsi Alí es, con su prodigioso proceso de autoconstrucción, ese caso afortunado en razón del cual nos parece lícito conservar la fe en el género humano. —

— CHARO GONZÁLEZ PRADA

POESÍA

Sombras de una voz fugitiva



Aurelio Asiain
(compilación,
traducción
y comentarios)
**Luna en la
hierba: medio
centenar
de poemas
japoneses**
Madrid,
Hiperión, 2007,
116 pp.

En México la antigua tradición del libro misceláneo ha recuperado terreno perdido gracias, sobre todo, a escritores que Octavio Paz congregó en el proyecto editorial de *Vuelta*. Gabriel Zaid, Alejandro Rossi, Adolfo Castañón y Aurelio Asiain, entre otros, aunque de generaciones diferentes e idiosincrasias estéticas inconfundibles, han compartido la fascinación por un hábito literario prestigioso en la era modernista—títulos como *Azul...* y *Lunario sentimental* lo prueban— que casi desapareció del horizonte hispánico hasta los años sesenta, cuando Borges y Cortázar lo reactualizaron. En *Caracteres de imprenta* (1996), Asiain ofreció una miscelánea organizada con perfil ensayístico que incorporaba con naturalidad la semblanza, la entrevista y la traducción. No obstante que *Luna en la hierba* funciona como antología de poemas japoneses “elegidos, traducidos y comentados” por Asiain—según rezan la cubierta y la portada de Hiperión—, no debemos olvidar la familia a la que más exactamente pertenece, que es, a mi ver, la que acabo de describir.

En las obras de los mexicanos que he mencionado se observa una clave común: no tanto la diversidad de géneros o temas que abarca el volumen como el diálogo de lo diverso con una raíz ensayística. Dicha tendencia se comprende si prestamos atención a que, desde su nacimiento, el ensayo cultivó la heterogeneidad. Montaigne se refería a sus *Essais* como “cuerpos

monstruosos compuestos de miembros distintos” y Bacon a sus *Essays* como “meditaciones dispersas”. El giro que le da Asiain a la miscelánea con *Luna en la hierba* es de una milagrosa indeterminación formal: pese a la operación de mercadeo editorial que quiere simplificarlo para el rápido consumo y pese a la tendencia ensayística de *Caracteres de imprenta*, el nuevo libro se las arregla para ser varias cosas a la vez sin que ninguna de ellas predomine. Estamos ante un florilegio de traducciones, pero, no menos, ante un conjunto de ensayos acerca de la lectura y traducción de poesía y ante una resurrección de los antiguos cancioneros.

Sobre lo que tiene de antología de poesía vertida al español, cabe indicar que el prologuista es consciente de que en ese territorio abundan los precipicios: “Las versiones imitan la forma japonesa, se apegan a la cantidad silábica del original [...] e intentan seguir el orden de las palabras y las imágenes de los originales. Son criterios desde luego discutibles” (p. 15). El verbo *imitar* nos da la primera pista: estas traducciones no pretenden reemplazar el texto matriz, porque serán siempre una escritura *otra*. Desde hace siglos se ha sugerido que dicha escritura está condenada a un rango inferior: *Some bold translations not unlike to be/ The wrong side of a Turkey tapestry* (para curarme en salud me abstengo de traducir los versos de James Howell, que modulan, por cierto, un cliché tampoco evitado por Cervantes). No me parece que a eso pueda confinarse una “imitación”, la cual postula con valiente humildad su condición de sombra de una voz fugitiva. Nada ingenuo es Asiain; buena parte de sus comentarios se ocupan de la imposibilidad de transportar de una lengua a otra el vocabulario o los efectos de éste en el lector; a veces, ofrece incluso versiones “más literales” que, no por ello, resultan más satisfactorias para el intérprete, quien, tras optar por una de las variantes, advierte: “espero que haya quedado lo esencial” (p. 80). De esa manera, se desarticulan las expectativas de fusión con el origen; se

renuncia a la autoridad tradicional de muchas traducciones que acumulan capital simbólico aprovechándose de la fe de un público realista y melancólicamente resignado a la ciudadanía de Babel. Asiain enfatiza la índole doble de su tarea: es un intermediario, como los traductores a los que aludo, pero también se revela como crítico, hermeneuta.

El latín *interpretatio*, recuérdese, significaba tanto la acción de explicar como la de traducir de un código verbal a otro: fuera del lenguaje, al fin y al cabo, nunca encontraremos sentido; sólo con palabras podemos aproximarnos a las palabras. En tal aporía que pone una y otra vez en evidencia, en tal laberinto, Asiain acepta perderse con júbilo. Al reflexionar sobre los esfuerzos que requiere la comprensión de un poema, sobre el fascinante riesgo de imitarlo en otro idioma, su iniciativa no establece una sensación de identidad entre el original y nosotros (equivadría a mentirnos, a engañarnos). Lo recibido por quienes desconocen el japonés es una invitación a comulgar inteligentemente con la existencia de una distancia insalvable.

De allí parte el ensayismo de *Luna en la hierba*, cuya materia serían los avatares de la lectura de poesía, particularmente en el umbral de dos o más lenguas. Multitud de indicadores permiten percibir la lucidez con que Asiain delinea el sutil espacio de su ensayo, agazapado en la “edición”. Un “Aviso” precede al volumen, sentando, tal como el “Avis au lecteur” de Montaigne, bases conceptuales con un tono de intimidación intelectual. El intercambio epistolar con un amigo muy concreto, por ejemplo, se señala como génesis de los comentarios a las traducciones (p. 16), lo que hace fácil proyectar la amistad al público que ahora lee. Montaigniana, asimismo, es la lucha con los absolutos metafísicos o las ilusiones de objetividad del cientifismo moderno. Asiain lo recalca: “Los comentarios [...] quieren justificar mis decisiones, explican los criterios en

que me he basado y los caprichos a los que he cedido, aclaran puntos oscuros y se distraen a veces en consideraciones laterales” (p. 16). La “distracción” como método, si hacemos memoria, es una constante de los *Essais*. De igual importancia es la peculiar coherencia del sujeto que no se limita a traducir o a hacer la exégesis de textos inalcanzables. Repárese en los “caprichos” que se anuncian; también en la entronización del *gusto* como quizá el más humano de los criterios a la hora de discutir un poema de Kiyohara no Fukayabu: “el original no dice a la letra que la noche no se haya cerrado; dice que aún está anocheciendo y se asoma el alba; pero me gusta la oposición entre la noche que no se cierra y las nubes que caen como un velo” (p. 54). El de Asiain es un personaje que, como el de los *Essais*, recrea una red de preferencias en el fondo intuitivas o irracionales; por si ello no bastara, su humor liquida toda pretensión de que el conocimiento provenga de una fuente abstracta, no individuada: “*Nibo no bumi*, en la primera línea [de un poema de Fujiwara no Ietaka], podría traducirse como Mar de los Somormujos: nombre poético del Lago Biwa en japonés, algo rasposo en español y menos evocador que el habitual. Dejo esos patitos a otros traductores” (p. 76).

El ensayo que puede descubrirse en esta antología se transforma en biografía mental del que escribe: tén-gase en cuenta el *je suis moi-même la matière de mon livre* con que Montaigne nos saludaba. El Asiain editor parece repetir el gesto. La descripción que en varias oportunidades hace de la tradición poética japonesa se asemeja a la que podría hacerse de su propia lírica. Su poemario *República de viento* (1990), que mereció el Premio Loewe a la Creación Joven, no ocultaba su adhesión a cierto barroco alejado de las exuberancias ornamentales de los epígonos de Lezama y cercano a un disciplinado ascetismo sediento de trascender las proliferaciones ilusorias para alcanzar una verdad desnuda, casi pura (“cosas elementales, que no vale

la pena/empeñarse en nombrar”). Para Asiain, ahora en su papel de editor o traductor, “a cambio de no extenderse más allá de las treinta y una sílabas, la poesía japonesa tuvo una suerte de crecimiento interior: [...] sometió su universo simbólico a una codificación extrema que no podía sino resolverse en un manierismo. [Su] complejidad formal y el enrarecimiento referencial hacen pensar en [el] barroco español” (pp. 13-14).

Luego de cruzar el puente que une la edición de poesía a una estética personal, llegamos al último de los libros que cohabita armónicamente en *Luna en la hierba* con los que ya he apuntado: el cancionero. La labor dispersa de los antiguos trovadores occitanos fue, para nuestra fortuna, compilada por individuos que, no contentos con la reproducción de las canciones, les añadieron *vidas*, relatos biográficos, y *razós*, interpretaciones de las piezas que intentan dar con los motivos personales o artísticos del trovador. Suma de creaciones: a las del poema japonés y la “imitación” castellana, Asiain agrega una página especular con un “comentario” hecho a veces de *vida*, a veces de *razó* y casi siempre lleno de felices cristalizaciones de su sensibilidad poética, donde hallamos fraseos eficaces, no ancilares, animados con el mismo rigor del poema y su traducción. Ante una composición de Ôtomo no Yakamochi la discusión sobre aliteraciones, por eso, puede recurrir a la aliteración y se carga de imágenes: “No hace falta saber japonés y ayuda el oído español para percibir el aleteo de las aliteraciones en la primera mitad del poema: un paisaje fonético en cuyo centro se despliegan las dos alas de *barubi ni bibari* (alondra en el día de primavera)” (p. 26).

Luna en la hierba depara una imprevista riqueza, en la que participan la curiosidad cultural y la límpida destreza literaria de un autor que dialoga con diversos poetas y diversas épocas, encarnando en la práctica del libro una experiencia de otredad. —

— MIGUEL GOMES

CUENTO POR ENCARGO

Siempre duele



Varios autores
Todo sobre su madre
México, Planeta,
2007, 183 pp.

En los últimos años ha surgido la costumbre de publicar libros de cuentos por encargo, para los que se pide a un grupo de escritores que escriban sobre un tema determinado. Mal llamados antologías —pues serían lo opuesto al trabajo de un antologador que reúne, con un propósito, textos publicados—, este género de libros no deja de tener su encanto. Habrá quien los critique por responder a necesidades comerciales, pero es cierto que ayudan a dar a conocer a autores a un público lector con prisas, y difunden el castigado género del cuento. El resultado siempre será interesante cuando intervienen escritores de renombre y oficio, como en *Todo sobre su madre*, donde quién sabe por qué no hay narradoras.

El tema de la señora que nos parió da pie a que prevalezca el tono testimonial, ya sea como crónica directa o como artificio para bordar una historia. Al primer caso corresponden con toda claridad las narraciones de José Joaquín Blanco y Vicente Leñero, las más sabrosas del libro, pues no necesitan de disfraz —quizá a ello contribuye el hecho de que las aludidas no vivan ya. En “Conchita”, José Joaquín Blanco evoca la figura de su tía Concha, una mujer de carácter fuerte que se ocupó de su formación y a quien el autor acompañó hasta su muerte: “No faltan intrépidos que forjen su carácter en la lucha con el ángel; yo templé el mío entre los años cincuenta y sesenta,

de los ocho a los dieciocho años, en feroces encontronazos con Conchita.” Por su parte, en “Madre sólo hay una”, Vicente Leñero esboza una saga familiar que comienza en épocas de la Revolución y continúa en un San Pedro de los Pinos que se va poblando. El retrato de su madre es parco, como aquella que se guardaba todo para sí misma, y cuyo carácter indaga Leñero como un misterio: “Me dio leche, no miel. Me dio pan, no golosinas. Me dio su presencia, no los latidos de su corazón.”

El texto de Heriberto Yépez, “Madre, si volteo a verte soy yo quien regresa al Hades”, está trabajado como una carta a una madre elusiva, de indígena “familia de nahuales” y a la vez güera, objeto de atracción, que ha pasado por muchas manos y oficios. El cuento es un reproche a esta madre que da pistas falsas y calla su pasado, que ha llegado a su “fase nocturna”. La madre del texto de Yépez es una madre telúrica, de la que dice el narrador: “Soy la continuación de tu vida. Soy el humo de tu café de madrugada. Soy tu mirada puesta en el vacío. Soy tu alacena que

te mira. Soy un gato parpadeando en una silla. Soy tu despedida.”

También del conflicto con una madre elusiva habla “Mundos lejanos”, de Héctor de Mauleón. Esta madre que nunca puede quedarse en una casa es, dentro de su aparente sencillez, un personaje profundamente inquietante, y el hijo que la ayuda en su mudanza a mitad del conflicto oaxaqueño comparte con el lector esa angustia corrosiva que, por lo visto, lo ha atenazado siempre: “Yo me pregunto cuánto durará esta vez. Qué es lo que vendrá luego.”

El comienzo de “*Mothernity, post-mothernity*”, de Fabrizio Mejía, habla también de una madre artificial, madre por costumbre generacional, que parece negarse desde que el hijo nace: “Nunca he podido ocultar que nací por cesárea: cuando me voy de una fiesta jamás utilizo una puerta; lo mío es salir por la ventana.” En venganza o correspondencia con cesáreas e incubadoras, este hijo se mete toda clase de drogas, come en *tupperwares* fríos y escapa de casa por la ventana. Si la madre de esta narración es una madre americanizada, también lo son los nombres en el cuento de Xavier Velasco, “Diario de Vivilú”, en el que una niña tortura a su muñeca Betilú exactamente como su madre la tortura a ella. Este cuento es deliberadamente cruel y su efecto resulta demasiado hechizo como para resultar convincente. Igualmente americanizado es el de Martín Solares, “En los campos de Alabama”, en el que la madre de dos niños que viven a mitad de un maizal es abducida por unos extraterrestres, junto con su vaca. Con todo y su final desconcertante, a la César Aira o David Lynch, es el cuento más divertido del libro.

Ya en la ficción absoluta, Eduardo Antonio Parra y Álvaro Uribe nos entregan dos elaboraciones literarias. El cuento de Álvaro Uribe se aparta un poco de la relación entre madres e hijos y, en “La otra”, habla de la mujer confinada en el hogar por ser madre, la Amalia condenada a mirar a través

del espejo a esa otra mujer, Amelia, la amante de su marido, con quien entabla, a través de la competencia y la imitación, la verdadera relación más allá del hombre. Eduardo Antonio Parra propone una historia del norte, “La madre del difunto”, en la que un sentimental ayudante de comisario mima a un cadáver anónimo por pura solidaridad filial. Perfectamente urdido, como todos los cuentos de Parra, quizá el final podría ser mejor.

Todo sobre su madre puede ser un curioso catálogo de madres o de hijos, según se vea. Tras leerlo queda claro que el tema de la madre siempre duele, pues la mayoría de las que figuran en el libro tienden a ausentarse en cuerpo o espíritu, lo cual resulta ser una extraña revelación en el país de las mamacitas omnipresentes y los padres sin rastro. —

— ANA GARCÍA BERGUA

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Los avances de Crabe Backwards



Umberto Eco
A paso de cangrejo.
Artículos,
reflexiones
y decepciones,
2000-2006
México, Debate,
2007, 389 pp.

A paso de cangrejo es el más reciente título de Umberto Eco, una compilación de notas periodísticas publicadas en Italia entre los años 2000 y 2006, más algunas conferencias. Los temas principales de estos “artículos, reflexiones y decepciones” son tres: política internacional, Berlusconi, la sociedad multiétnica y mediática; a éstos se suman notas culturales diversas. El título alude a un autor ficticio, Crabe Backwards, aparecido ya en otro libro anterior, *La bustina di Minerva* (2000),



quien calificaba a la reinante “tecnología ligera” de retroceso. En sintonía con él, Eco traslada la metáfora a la política y la sociedad mediática, con todos sus engendros, el populismo en primer lugar. En un sinnúmero de fenómenos reconoce el paso crustáceo de la sociedad –signo inefable del desandar. Según esto, “se vio claramente que avanzábamos hacia atrás después de la caída del muro de Berlín”; “después de los cincuenta años de guerra fría, los casos de Afganistán y de Irak nos retrotraen triunfalmente a la guerra real o guerra caliente [...] y nos ofrecen un nuevo episodio de las Cruzadas con el choque entre el islam y la cristianidad”; además de que “han reaparecido los fundamentalismos cristianos, que parecían propios de la crónica del siglo XIX”, “ha surgido de nuevo el fantasma del peligro amarillo”, etcétera (p. 13).

Con estos artículos, Eco desea mostrar una colección suficiente de *fenómenos* –es decir, de *hechos*– que sepan justificar el (pesimismo del) título: ¿en lo histórico venimos avanzando de un tiempo a esta parte hacia atrás, como los cangrejos! El profesor Eco se queda con la impresión de que la historia, fatigada de avanzar, prefiere ahora replegarse sobre sí misma. Tal pareciera que no alcanza a descubrir que lo ha devorado su propia teoría hermenéutica: los hechos duros se anteponen a las interpretaciones, asevera. Y se acepta. Pero esto es un libro, la simple reescritura y lectura de los hechos, su interpretación. Eco sostiene aquí, pues, que los hechos de los últimos años son un retroceso. Pero puesto que a los hechos les importa un bledo el

devenir de la historia, en realidad es él quien los *interpreta* de tal modo que pueda alegar el susodicho retroceso. Compartir su lectura del retroceso es una ingenuidad simplona, una mera condescendencia. ¿Que hay guerras “calientes” después de la Guerra Fría? Claro. ¿Qué ingenuo pensó que cesarían? Ello no significa empero que hayamos retornado a un estado anterior al alcanzado con la caída del Muro.

Por su lucidez, las páginas sobre el populismo ameritan una revisión. Eco analiza con minuciosidad el amasado casi burlón que Berlusconi consiguió entre política y medios masivos de comunicación, para, desde su península, entregar al mundo un fenómeno digno de ser calificado como “populismo mediático”. Eco argumenta contra la noción de “voluntad del pueblo”: “el pueblo como expresión de una única voluntad y de unos sentimientos iguales, una fuerza casi natural que encarna la moral y la historia, no existe” (p. 148). El populista quiere ver en la plaza, en los sondeos o en los telespectadores la voluntad del pueblo, y de inmediato identifica sus proyectos con ese supuesto querer común. Luego, si triunfa, lo manejará a su antojo para servir a sus intereses. (Estas reflexiones pueden enseñar algo al lector mexicano, sobre todo tras las recientes supuraciones populistas en ciertos sectores, aunque el autor quiera diferenciar los populismos del Tercer Mundo de este otro, más refinado y elaborado.)

Por otro lado, Eco desanuda con tino la maraña conceptual, próxima a la ambigüedad, que pulula en toda aproximación a las desviaciones mu-

sulmanas de hoy: integrismo, fundamentalismo, terrorismo, racismo... “El fundamentalismo está vinculado a la interpretación de un libro sagrado”; “se entiende, en cambio, por integrismo una postura religiosa y política por la que los principios religiosos personales tienen que convertirse al mismo tiempo en modelo de vida política y fuente de las leyes del Estado” (pp. 230 y 231). El integrismo islámico, en su mayor parte, no puede ser considerado racista porque se basa en una pertenencia religiosa, no en una raza. Quedan establecidas pues algunas distinciones útiles para volver a la discusión, que teje a lo largo de diferentes artículos.

Entre la miscelánea cultural destacan tres ensayos. “A hombros de gigantes”, acaso la mejor pieza del volumen, es un comentario inteligente al refrán *Enanos sentados sobre los hombros de gigantes*. Eco distingue diferentes momentos históricos y sus respectivas tribulaciones en la historia de la innovación, del respeto a la tradición, y estudia el equilibrio sano entre ambos. En “Cómo hacer un contrato con los romanos”, Eco recupera un libelo que Quinto Tulio Cicerón escribiera para uso y beneficio de su hermano Marco Tulio, cuando éste presentaba su candidatura al consulado. El *redescubrimiento* de estas estratagemas retóricas es espeluznante en tanto ciertas afinidades y semejanzas han llegado incólumes a nuestro milenio y nuestras geografías. En el ensayo “Del juego al carnaval”, Eco diferencia el concepto de lo lúdico (recuérdese a Daniel Bell, a Gilles Lipovetsky) de lo carnavalesco. Y acusa al hombre contemporáneo

ESPAÑOL, MATEMÁTICAS, CIENCIAS NATURALES, CIENCIAS SOCIALES

¡CONOCE EL NIVEL DE APRENDIZAJE EN TERCERO DE PRIMARIA!

Ya puedes consultar el informe del INEE en www.inee.edu.mx

Hazlo también a través del Explorador **Excale** ubicado en la misma página

¡Novedosa y útil herramienta para maestros, directivos y tomadores de decisiones!

www.inee.edu.mx Tel. 5482 0900 Ext. 1056 www.sep.gob.mx



LIBROS

de haber convertido el mundo del trabajo en un carnaval, desde el deportista profesional que finge un *foul*, hasta el empleadillo que hurta minutos a su trabajo para navegar por internet. “Como somos criaturas lúdicas por definición, y hemos perdido el sentido de las dimensiones del juego, vivimos en la carnavalización permanente” (p. 96).

El tono de Eco es repetidamente engreído. Ya en el preámbulo se ufana de haber vaticinado la aparición del *iPod*, y más adelante se reconoce más ilustrado que Gianni Vattimo, por ejemplo (pp. 12, 88). A ello añadamos que resulta difícil perdonarle a un hombre con más de treinta doctorados *honoris causa* la vulgaridad. En ocasiones, Eco es muy corriente. No quiero exagerar ni calificar estos ejemplos de faltas graves, pero no son recursos indispensables para el bienestar de sus opiniones. Lamento, pues, que no haya quitado el tizne de esas

páginas. Por otro lado, cuando ensaya su veta de humorista (pp. 341-355), sale reprobado, a no ser por la reseña de un congreso teológico ficticio sobre Berlusconi. Esto respecto del tono.

Sobre el contenido diré que alguna opinión desconcierta por su candidez y falta de argumentación—imperdonable para un filósofo—, como cuando se manifiesta a favor del derecho al suicidio siempre que el porcentaje de suicidios se mantenga en cifras insignificantes (p. 119), por recuperar tal vez el ejemplo más preocupante. Como analista del contexto político internacional del momento, Eco no se mueve más allá de los lugares comunes. Se esperaría una mirada más perspicaz. Él quisiera dar otra impresión cuando, ya en el primer texto, acuña términos como *paleoguerra* y *neoguerra*. Pero la multiplicación de vocablos, cuando no arroja luz fresca, ocasiona un mazacote.

Es necesario pronunciarse también sobre la edición para no imputar al

autor cargas debidas a la casa editorial. Los textos y, de resultas, la compilación, son un diálogo sostenido ante todo con los italianos. Al menos una cuarta parte del libro está dedicado a Berlusconi, algo que, si bien puede divertir —o aterrorizar—, interesa más bien poco a los lectores hispanoamericanos. La casa editorial debió considerarlo antes de pagar la traducción al castellano, y optar por una recopilación acorde a su público que aligerara el volumen. Pero éste no fue el caso, y son muchas las páginas cansinas que encontrarán los lectores no italianos.

El lector podrá comulgar con el pesimismo del profesor Eco y, en este caso, se identificará con el cangrejo de la historia. Pienso, sin embargo, que las opiniones recogidas en este tomo nos sitúan ya un paso adelante de donde estábamos antes de su aparición. Si no, ¿para qué perder el tiempo pensando, escribiendo, publicando, leyendo...? —

— ENRIQUE G DE LA G

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA
libros • librerías

George Steiner



Premio Internacional Alfonso Reyes 2007

“Ha dado enormes aportaciones a la cultura y al pensamiento actuales. Es uno de los estudiosos del pensamiento europeo más reconocidos en el mundo, además de ser pionero en el campo de la literatura comparada como camino a seguir para la crítica literaria”.

Jurado del Premio



FCE



FCE / Siruela

De venta en todas las librerías de prestigio

www.fondodeculturaeconomica.com